

## CARTA X.

## EL FILÓSOFO A TEODORO.

**Q**UERIDO Teodoro: ¿quién es capaz de pintar el estado de terror y trepidacion en que quedé cuando el Padre me dejó? ¿Cómo es posible recoger y reducir á orden el inexplicable tropel de ideas confusas y turbadas que atropellaban y afugian mi imaginacion? No: jamas podré describirte ni las angustias de mi espíritu, ni las amargas inquietudes de mi corazon. ¡Qué! decia yo con gritos que me aterraban á mí mismo, ¿será posible que yo no sea mas que un necio? ¿que esos filósofos no sean mas que hombres ligeros que se dejan alucinar de sus pasiones? ¿y que este eclesiástico que yo veia no ha mucho con el mayor desprecio, sea el único sensato entre nosotros?

¡Cielo! si Jesucristo se ha resucitado, Jesucristo es Dios; y si es Dios, ¿qué será de mí? Entonces repasaba interiormente mi vida y el desorden de mi conducta, mi abandono á los deleites mas obscenos y á las pasiones mas abominables, mi en-

tera abjuracion de todo acto religioso, mi desprecio á todo lo que era cristianismo, mi odio á todo lo que podia tener relacion con la Iglesia y los eclesiásticos, el tedio y furor encarnizado con que ó me burlaba de ellos, ó los perseguia. En fin, revolvía en mi memoria el olvido de todas mis obligaciones, las injurias que hice á mi virtuosa y respetable muger, la mala educacion que daba á mis hijos, y las continuas injusticias con que trataba á mis vasallos, dependientes y criados; todo esto se me presentaba junto como una masa inmensa de iniquidad y horror, y en el estremecimiento que sentia, gritaba como un frenético: ¡Ah! Jesucristo, si eres Dios, ¿ con qué horror me debes estar mirando!

Algunas veces no pudiendo soportar el peso de tantas angustias, queria consolarme y persuadirme á mí mismo, que acaso todo lo que el Padre me ha dicho, no seria mas que una ilusion; que él podia con su ingenio y elocuencia darle un aspecto que imponia; pero que desmenuzado por hombres hábiles prodria hallarse frívolo. Y con este pensamiento recorría en mi espíritu sus pruebas con deseo de encontrarlas fútiles: pero cuando volvía á refrescar el orden, la fuerza y claridad con que yo las percibia, volvía á gritar: No, estos no son sofismas del ingenio; la verdad hablaba por sus labios, y la evidencia brillaba en sus discursos.

Entre tantas reflexiones que me acongojaban, me ocurrió una nueva, que me hizo dar un vuelco al corazón, y esta fué la muerte que dí al extranjero. Hasta entónces este suceso no se me habia presentado sino como una desgracia de que me consolaba fácilmente, porque la atribuía á su petulancia y orgullo. Mi amor propio se disculpaba porque mi intencion no fué matarle, porque él mismo se arrojó sobre mi espada, y porque en mi espíritu la idea de la muerte se terminaba en ella, y no pasaba jamas á las consecuencias de la otra vida.

Pero ahora que por la primera vez empecé á sospechar con viveza que podía haberla, y que se castigarían en ella los excesos de esta, mi imaginacion se detuvo. Esta desgracia que habia mirado con tanta ligereza, tomó á mis ojos un carácter mas grave, y me produjo un sentimiento amargo en el corazón. La conciencia empezó á hablarme, y me dijo que, si en el combate su imprudencia le condujo al estrago, yo habia sido el agresor, y que mi envidia, mi aversion y mal humor fueron la primera causa de aquel daño. Este remordimiento me atravesó el alma, y me llenó de terror.

Pero lo que acabó de confundirme, y apuró mi constancia, fué la idea de Manuel. ¡Ay, infeliz! decia yo corriendo por mi cuarto, tú sabes ahora, tú has visto ya la verdad. Si hay un Dios justo,

si ama la virtud, si castiga los vicios, ¿cómo puede haberte recibido? ¿cuál será tu suerte? ¡Santo cielo! ¿no es locura haber vivido de esta manera? Cuando el cristianismo fuera falso, cuando ninguna revelacion fuera cierta, si es verdad que hay un Dios, y que él nos inspira las ideas de la virtud, y nos da á conocer la fealdad del pecado, ¿con qué ojos puede haber visto tus acciones? ¿con qué ojos verá las mias tan parecidas á las tuyas? Este pensamiento me hacia estremecer.

Para descansar de mis angustias volvía á detener mi vista en la apacible imagen de aquel devoto y religioso padre. Su dulce y penetrante voz resonaba en mis oídos: repasaba en mi memoria su dulzura, su caridad y su paciencia: le comparaba con Manuel, conmigo con nuestros amigos, y con cuantos filósofos conozco, que viven dando satisfaccion á sus sentidos: en la comparacion me horrorizaba de nosotros. ¡Ay! volvía á decir, este Padre puede estar iluso, puede ser fanático; pero él es mil veces mas dichoso que todos nosotros juntos: él vive en paz, y goza tranquilo de su inocente vida, y todos los que se dejan....

Y si es verdad que hay un Dios, que nos mira desde el cielo, y que nos aguarda para tratar á cada uno segun sus obras, ¿qué diferencia pondrá entre nosotros? Y desde ahora mismo ¿con qué ojos

tan diferentes debe mirarnos? Cuando este buen padre estuviera engañado, no puede dejar de serle agradable un hombre que vive con tanta pureza, inocencia y caridad: un hombre que le hace tan penosos y continuos sacrificios, porque piensa que le agrada con ellos; ¿pero cuánto debe serle odioso el que, como yo, no piensa mas que en satisfacer sus gustos con riesgo de desagradarle y aun de ofenderle?

¿Quién sabe si nosotros somos los locos; y si estos buenos y simples cristianos que tenemos por insensatos, son los cuerdos, y los que juzgan bien? Porque ve aquí un cálculo muy breve: ó ellos se engañan ó nosotros. Si ellos se engañan, ¿qué han perdido? Por pocos dias de vida se han privado de cortos placeres que no satisfacen, han sufrido mortificaciones ligeras que pasan, y cuando el tiempo se ha consumido, todo lo pasado es nada; porque ¿qué es lo que queda despues de haber vivido? Pero si no se engañan, si es verdad que hay otra vida eterna, y que en ella se pagan los delitos de esta. . . .;cielo, qué alternativa tan terrible!

El Padre tiene razon. Las pasiones nos ciegan para no ver cosas tan claras. La filosofia y la razon, que tanto ostentamos, no son mas que pretextos para contentar nuestros gustos. Si á lo ménos, ántes de abandonar la religion, se empezara por estudiarla, por examinarla; si se pu-

diera por lo ménos alegar, que se habia hecho algun examen de sus pruebas. . . .pero abandonarla sin entenderla, y despreciarlas todas sin conocer ninguna, es una ligereza que muestra que solo se abandona porque incomoda.

Lo peor es que estamos tan ciegos, que vivimos tranquilos, y que nos parece que sabemos cuanto hay que saber: pero en lo poco que me ha dicho el padre, ¿cuánto me ha dicho, de que yo no tenia la menor noticia? ¿cuánto que me ha sorprendido y asombrado? Yo creia que para saber la religion bastaba leer á los filósofos, y empecé á ver que vivia muy engañado. ¿Pero cómo no reflexionaba que la mayor parte de estos sabios que la desprecian y se burlan de los que la respetan, viven dando rienda suelta á sus deseos? ¿Cómo no comprendia que no eran garantes suficientes para fiarse en ellos, y que no pueden librarnos de las consecuencias? ¡Manuel! ¡infeliz Manuel! ¿han podido ellos servirte de disculpa?

¿Y qué! este padre que muestra tanto talento y luces, ¿no es mas que un insensato que crée delirios? Este hombre que hace una vida tan austera, ¿está alucinado con ilusiones de que tan fácilmente se desengañan los mundanos? Y tantos otros que hacen los mismos sacrificios, ¿no son mas que estóolidos, dignos de irrision? ¿pues cómo son tan virtuosos y benéficos? ¿Por qué esos filósofos tan ilustrados y entendidos son orgullo-

tos, intratables y avaros? ¡y estos hombres tan crédulos y necios son tan pacíficos, desinteresados y modestos? Un error que produjera estos efectos, valiera mas que una verdad capaz de concudir á los otros excesos. ¡Pero ay! ¿dónde está la verdad? ¿Dónde puede estar sino donde está la virtud? ¡Qué triste será conocerla tarde, y cuando ya no haya remedio! Yo me acerco al fin de mi carrera: Manuel la terminó, y no puedo tardar en ir á juntarme con él en el sepulcro.

Yo pasé toda la noche en estas ó semejantes ideas. Mi agitacion era tan fuerte que no podia sosegar en el lecho, y me fué preciso salir muchas veces, y pasear por mi cuarto, porque no me era posible reposar un instante. Ya era cerca de amanecer, y apesar de mis esfuerzos el sueño estaba muy distante de mis ojos. La sangre me circulaba como un torrente por las venas, y un calor extraordinario me devoraba las entrañas: al fin, despues de largas ansias, vencido por la fatiga cerré los ojos á la luz, y se entorpecieron mis sentidos.

No creo que durase un cuarto de hora mi enagenamiento: pero este cuarto de hora fué terrible. Léjos de sentir la calma de aquel dulce reposo, que sirve de descanso al trabajo del dia, sentia una agitacion tumultuosa del turbado y confuso desórden de todas mis potencias. Al instante me ví rodeado de imágenes funestas, de espan-

tosos fantasmas, que me llenaron de terror. Me pareció que me hallaba en una tenebrosa region, en que reinaba un triste y pavoroso silencio; no veia mas que una luz funesta y denegrida que apenas alumbraba, para poder divisar las tumbas y esqueletos de que estaba cubierta.

No dudé que me hallaba en el sitio destinado para que habiten los muertos. La profunda inmovilidad de cuanto allí yacia, añadida al horrendo y lúgubre aspecto de cuanto se miraba, produjeron en mi alma sensaciones de horror. ¡Pero cuánto creció mi sobresalto, cuando ví que las tumbas se movian; que se abrian los sepulcros, y vomitaban de su seno esqueletos animados, que con semblante cárdeno y horrible corrian presurosos, y se mezclaban los unos con los otros!

Todos tenian el aspecto hórrido, el ademan dolorido, y el gesto amenazador y espantoso; todos echaban los ojos sobre mí, y cuando pasaban cerca, me arrojaban ojeadas de cólera y furor, como si se indignasen de verme todavía con vida, y que no los acompañase ya en su triste suerte. Me figuré que algunos decian en voz baja: No tardará. Observaba sus fisonomías, pero estaban tan desfiguradas, tan deshechas, que no las podia distinguir,

En esto veo un grupo que se abalanza contra mí: viene con tal impetu, y me amenaza tan de cerca, que me parece imposible evitar la violen-

cia de su choque. Quiero huir, y no puedo; mis miembros torpes y embargados no obedecen á mis deseos, ni aun el temor los puede forzar á la fuga, y me creo despojo de su saña. ¡Pero cuál fué mi espanto! ¡cuál mi dolor! cuando entre los que estaban á la frente veo, conozco y distingo al infeliz extranjero, víctima de mi propia mano, que pálido, descarnado y con los ojos llenos de furor me amenaza, y quiere con mi muerte vengar la que yo le habia dado.

Aparto los ojos para no ver el golpe que me va á descargar, y veo por el otro lado á mi amigo Manuel que no ménos descolorido y horroroso, pero todavía mas colérico y feroz, me amenaza tambien con mayor fiereza. Yo hubiea sido víctima inevitable de su furia, si una voz sepulcral que me hizo estremecer, no los hubiera detenido, gritándoles: No es tiempo todavía; presto, presto.

Al instnsnte todos aquellos cadáveres y espectros huyen presurosos, y se vuelven á esconder en sus sepulcros: desaparecen todos los fantasmas, cesa todo el horrible y tumultuoso rumor, y empieza otro nuevo y pavoroso silencio, parecido á la insensibilidad de la nada; pero no dura mucho, porque poco despues oigo salir de lo interior de los sepulcros gritos horribles, dolientes alaridos que parecian exhalados por los muertos, á la manera de los que estan en los tormentos.

Aquella region se transformó en un teatro de angustias, en que solo se escuchaba el lamento y vivia el dolor. La impresion que sentí fué tan terrible, que despierte con sobresalto, y me encontré anegado en sudor.

Salto del lecho aterrado y despavorido, todos los miembros del cuerpo me temblaban, no podia apartar de mí aquellas imágenes terribles de que estaba llena mi imaginacion, y aunque corria de un lado á otro, me seguian á todas partes sin dejarme sosiego. Me costó mucho trabajo y mucho tiempo poder tranquilizar la inquietud de mi ánimo; fué menester que recurriese á mi filosofia, y echase mano de todas las luces de mi razon para volver en mí, y reflexionar que un sueño no podia ser mas que el efecto de una fantasía agitada, y el delirio de una imaginacion encendida. Me avergoncé de mi flaqueza, y de que un instante de horror pudiese producirme una impresion tan profunda; así me propuse desecharlo, y no decir al padre nada, pareciéndome que esto podria darle una baja opinion de mi espíritu.

Pero aunque conseguí dar alguna calma á mis sentidos, me sentí muy cansado. Sea que la fiebre me quitase las fuerzas, ó que el insomnio y la tormenta de la noche me hubiesen abatido, apenas tuve bastante esfuerzo para volver al lecho, y no me hallé en disposicion de levantarme; de modo que cuando el padre vino á la hora ordina-

ria, se sorprendió de hallarme acostado todavía. Se llegó á mi cama con ademan afectuoso á preguntarme el motivo de esta novedad, y yo le dije que habia pasado mala noche; pero él debió de advertir mucha alteracion en mi semblante, pues observé que se demudaba el suyo, y que con intereses inquieto y temeroso quiso informarse de la causa de mi indisposicion.

Entónces le dije: ¡Ay, padre! ¡qué mal me habeis hecho! Yo vivia tranquilo, nada era capaz de alterar la quietud de mi alma, y me parece que hubiera tenido bastante firmeza para soportar sin turbacion todas las desgracias de la fortuna y de la vida; pero vos habeis venido á levantarme dudas que no tenia, á excitarme inquietudes que no me atormentaban, y vos seréis la causa de todas las amarguras que puedo tener en adelante: vos me habeis hecho un mal oficio, y ciertamente jamas os lo podré perdonar.—

No es esta mi intencion, señor; y yo fuera muy infeliz, si pudiera culparme de haber turbado un instante de vuestra vida. ¿Pero no es bueno conocer el peligro para evitarle? ¿no es útil conocer la verdad para seguirla?

—Ve aquí las grandes palabras con que se acerca á los necios, el peligro, la verdad.... todo esto suena mucho, y no significa nada. Porque ¿quién puede estar cierto de nada? Lo que yo digo es que todas vuestras razones pueden bastar

para hacerme temer el peligro, sin que basten para hacerme evitar; que podrán darme una idea de lo que llamais verdad, sin que jamas puedan tener fuerza bastante para obligarme á abandonarlo todo por seguirla: así lo que podréis conseguir es darme inquietudes y temores. Vos me turbaréis en la posesion tranquila de mis ideas, vos tendréis la gloria de hacerme infeliz; pero jamas conseguiréis persuadirme de manera que os crea ciegame, y que lo abandone todo con sacrificio de cuanto pienso y amo, para seguir vuestros sistemas, que si pueden ser ciertos, tambien pueden ser falsos. En fin, vos podeis causarme todos los inconvenientes, sin procurarme ninguna de las ventajas; y en una palabra, hacerme mucho mal, sin poder jamas hacerme bien.—

Pero, señor, en materias de esta importancia, cuando no hubiera mas que el menor grado de probabilidad, la menor vislumbre de apariencia, la inmensidad del riesgo....

—Vosotros, las buenas gentes, los devotos, los santos, os imaginais que con una palabra todo está dicho, y que desde que habeis pronunciado, que es prudente tomar el partido mas seguro, no hay mas que poner mano á la obra, y andar adelante. Vosotros no teneis pasiones, negocios ni relaciones con el mundo: nada os embaraza, nada os ataja, en sacudiendo la capa, ya estais libres, y nada os estorba para ir adonde quereis. ¿Pero podeis

imaginar que todos son así? ¿podeis figuraros que todos tienen las ideas tan dóciles, las percepciones tan cómodas, que han de percibir las cosas del mismo modo que vosotros?

Pues bien, yo os repito, que desde que no podeis convencer con tanta evidencia, que obligueis á un hombre á que se mude por entero, que cambie su cabeza, que se arranque el corazón, que se despoje de todas sus opiniones, sus gustos, sus amistades, en fin, de todo lo que formaba la sustancia de su existencia, vos no haceis mas que asesinarle; porque sin hacer que consiga vuestra imaginaria felicidad, no podeis obtener mas que la triste satisfaccion de amargarle sus placeres; y si en el fondo teneis razon, solo lograréis el hacerle mas culpado....

Ya consideras, Teodoro, que este loco discurso no podía ser mas que efecto de la fiebre: el padre le escuchaba atónito, pero sin desmentir un instante su invencible paciencia; y despues que me dejó decir estos y otros muchos dislates de la misma especie, sin alterar la dulce y apacible modestia de su voz, me respondió.

—Yo sé, señor, cuán difícil es que un hombre que está fuera de las sendas de la religion y de la virtud, vuelva á ellas. No ignoro lo que cuesta á la razon someterse á la fe, y cuán duro es sacrificar todos los sentimientos del corazón á la austeridad de una ley tan pura como la cristia-

na. Sé que este es un esfuerzo superior al hombre, y que jamas la naturaleza ha podido conseguir este triunfo; pero lo que ella no puede por sí sola, lo puede con la gracia de Dios. Y Dios puede....

—Yo estaba tan frenético y deslumbrado, que sin ningun miramiento le interrumpí con violencia: ¡Dios! ¡y siempre Dios! Yo sé por mi desgracia que lo hay. No se me puede esconder, que pues existo, y existe todo lo que veo, es necesario que exista el que nos hizo; pero esto mismo es lo que me affige; porque si existe, debe desaprobar mis acciones y conducta. Algunas veces me consuelo con la esperanza de que puede ser que me engañe, y que quizá tendrán razon los que piensan que el acaso es el autor de cuanto existe; esta idea me halaga, porque en este caso no tengo que temer. Y sobre todo esto, un Dios solo no me acobarda mucho, porque quizá no le importa lo que yo hago; y si es bueno, como lo debo creer, por lo ménos no me hará eternamente infeliz.

Pero vos no os contentais con un Dios; vos quereis tambien á Jesucristo, vos pretendéis que Jesucristo es Dios. Ayer me probásteis con claridad y evidentes que no es posible responder. Esto es lo que me turba; porque si es verdad que Jesucristo ha resucitado, Jesucristo es Dios; y si

es Dios, yo soy el mas infeliz hombre del mundo. Ve aquí lo que habeis conseguido conmigo, y lo único que jamas podréis conseguir, esto es, hacerme dudar de una cosa que me parecia evidentemente absurda é imposible; pero ¿qué lograis con esto? ¿cuál será el fruto de esta persecucion? Emponzoñar mi vida, amargar todos los instantes de mi existencia, y nada mas; porque bien podréis hacerme vacilar, pero jamas me podréis convertir.

¡Cielos! si yo llegara á estar seguro, á no poder dudar, que Jesucristo es Dios, ¿qué sería de mí? ¿Sabeis, padre, que yo soy su mayor enemigo? ¿Sabeis que nunca he podido creer en él? ¿Sabeis que siempre he reputado su culto una supersticion tan grosera como todas las que han corrido por el mundo?

Sabed pues todo esto, y sabed tambien que no solo le he despreciado, sino que le he aborrecido; porque me ha parecido el pretexto de que en todos tiempos se han servido los eclesiásticos para seducir á los pobres pueblos, para alucinarlos, establecer un imperio de dominacion sobre las conciencias, y apoderarse de todas las dignidades, riquezas y autoridades de los estados. Esta ambicion fundada sobre la credulidad de los pusilánimes, me ha excitado siempre la mas viva indignacion.

Con estos principios mi corazon ardia en un furor que me parecia justo, contra todo lo que

tenia viso de cristiano. Yo hubiera querido arrancar á Jesucristo de sus altares, hacer desaparecer la Iglesia de la tierra, y condenar todos sus eclesiásticos al trabajo. Los progresos de la religion me affligian, y la filosofia de mi corazon me hacia llorar esta desgracia de los hombres. La autoridad de los eclesiásticos me irritaba, no podia sufrir su jurisdiccion, sus prosperidades me affligian, sus adversidades y abatimientos me alegraban, sus historias me llenaban de ira, y yo vivia continuamente encendido en cólera contra este culto.

Mi corazon, lleno de una filosofia dulce que me hacia amar los hombres y desear la felicidad de su vida, sentia con dolor estos errores, que veia por la ignorancia comun tan generalmente difundidos. Yo hubiera querido ser soberano para desengañar á mis vasallos, sabio para instruir á los hombres, poderoso para extirpar tantos abusos; y ya que no tenia medios para empresa tan superior á mis fuerzas, á lo ménos contribuia con cuanto estaba de mi parte, á conseguirlo en lo que alcanzaba la esfera de mi actividad. Así he procurado desengañar á cuantos he podido, y sin cesar he iluminado con los principios de una filosofia ilustrada á mis amigos, criados y dependientes, ya instruyendo á los unos, ya burlándome de los otros, ridiculizando siempre todo lo que tenia viso de religion.

Puedo lisonjearme con la idea de que he logrado hacer algunas conquistas á la razon; y cuando esta era la pasion mas dominante de mi vida, cuando yo la hubiera sacrificado por curar á los hombres de la supersticion, y cuando mi anhelo era conducirlos á la felicidad por la luz de una filosofia racional, vos venis de repente á persuadirme que ese Jesucristo que aborrezco, porque me parece el pretexto de todos los males de los hombres; que ese Jesucristo á quien hago la guerra desde que me conozco; que ese Jesucristo que yo quisiera desterrar del mundo es Dios, y que ha de ser mi juez; que hay otra vida que no acaba, y que de su mano dependen mis destinos eternos.

Yo pensaba, padre, en ilustraros á vos mismo: yo me figuré que, teniendo tantos talentos como os veo, seriais capaz de escuchar la voz de la razon. Creí que nacido y educado entre los errores de la supersticion, sin haber oído jamas otra cosa que sus máximas, podiais haberlas adoptado; pero desde que rayasen á vuestra vista las luces de una filosofia ilustrada, vuestro buen sentido les daria la preferencia; que yo podia hacer en vos una ilustre conquista; que me seria fácil haceros conocer la futilidad y el poco fundamento de vuestra creencia; y que si no lo podia conseguir, por lo ménos me divertiria con vuestro embarazo, y os quitaria el deseo de volverme á persuadir.

Con estas intenciones consiento en oiros, y tengo la desgracia de ver que estais mejor instruido de lo que yo pensaba; que los fundamentos que yo creia muy ridiculos son tan sólidos que no solo me embarazan, sino que no veo cómo es posible responderles. Vos me habeis probado la Resurreccion de Jesucristo, que prueba todo lo demas, de una manera tan clara y victoriosa, que me habeis dejado atolondrado y confundido. Y ve aquí lo que causa mi turbacion; porque con este discurso habeis hecho necesaria toda la desgracia de mi vida, y la ulterior amargura de mis dias es ya inevitable. Escuchadme, padre, y ved si tengo razon.

O teneis razon en el fondo, ó no la teneis: ó Jesucristo es Dios, ó no lo es: si no lo es, vos me habeis probado su Resurreccion con tanta fuerza, vos habeis dado tanta apariencia de verdad á lo que suponemos engaño, que vos mismo no podríais destruir ya la impresion que me dejan vuestras pruebas. Es necesario que á lo ménos la duda se apodere de mi corazon, y que con ella habiten en él los temores y las inquietudes, que no pueden dejar de atormentarme en todas las situaciones de mi vida. Y si es verdad, si Jesucristo es Dios, y me ha de juzgar, despues de una conducta como la mia, ¿qué puedo esperar?... Misericordia.... gritó el padre levantándose y extendiendo las manos al cielo. Yo me detu-

ve viendo su accion y movimiento; pero ó sea que el padre me considerase verdaderamente frenético, ó que me creyese enfermo y no le pareciese oportuno aquel momento para conversacion tan animada, se volvió á sentar, y tomando otra vez el tono dulce de su voz, me dijo: Yo creo, señor, que estais con la fiebre; y me parece que ahora es tiempo de pensar solamente en vuestra salud. Para lo demas habrá tiempo, y Dios lo dispondrá de modo que quedeis contento y segado. Ahora lo mas urgente es la salud; permitidme que vaya á llamar al enfermero, y que este vea si puede disponer algo para vuestro alivio.

En efecto, salió, y poco despues volvió con el enfermero, que me encontró con calentura, y me ordenó el reposo. No te contaré por menor lo que pasó en los tres dias que me fueron necesarios para recobrarne: las mismas atenciones de los asistentes, la misma caridad y prudencia de parte del padre, que jamas quiso consentir que yo á pesar de mis deseos le hablase en estos asuntos, diciéndome siempre que despues tendríamos tiempo para hablar, y que por entónces era preciso no pensar mas que en mi recobro. Yo me sujetaba por fuerza; pero entretanto admiraba su virtud, que cada dia ganaba mas mi corazon, y repasaba en mi memoria todo lo que me habia dicho. No podia desechar de mí aquel bien orde-

nado escuadron de pruebas, que mientras mas las observaba, me dejaban mas aterrado, y mis reflexiones me devoraban.

Por otra parte, mi nuevo y oficioso amigo me habia hecho ver en las últimas conversaciones tanta superioridad de talentos, que me habia forzado á sentimientos de respeto y veneracion. No es posible que te pinte la luz sobrenatural y celeste que brillaba en sus ojos cuando me referia las pruebas de la Resurreccion, ni ménos la fuerza y magestad con que respondia á todas mis objeciones. Me parecia un gigante, que con una maza en la mano se burlaba de los insultos de un pigmeo. ¡Qué pequeño me parecia yo mismo en aquel momento á mis propios ojos! Así, á los efectos de ternura y gratitud que me habia inspirado su oficiosa solicitud por mi recobro, este hombre habia añadido los de una alta estimacion por sus talentos y persona. Ya no era para mí un eclesiástico, que yo suponía ser como creía que eran todos los de su trage; era un hombre superior, que me habia forzado á reconocer su ilustracion, y venerar su virtud.

Yo estaba, pues, obligado á mirarle con ojos muy diferentes que al principio, y me sentia interiormente corrido de haberme propasado en mis últimos discursos, tanto en las palabras como en el tono, á desacatos que no hubiera debido permitirme. Así, cuando despues de tres dias, que

ya estaba restablecido, me ví á solas con él, le dije: ¡Me perdonaréis, padre, mis imprudencias del otro día?—¡Ay, señor! me respondió con ojos en que brillaba una alegría divina, ¡perdonaros? ¡y de qué? Yo no me ocupo en otra cosa que en dar gracias á Dios, que me hace ver la inmensidad de sus misericordias. Sí, señor, no lo dudeis; su poderosa mano está aquí, y la reverente humildad de mi fe la está viendo. Nada hace Dios que no sea un ejercicio de su bondad; y pues os ha traído aquí, tened por cierto que no ha sido en valde.

Sin duda es gran desgracia haber pasado una gran parte de la vida en la incredulidad, y no lo es ménos haber dado á la injusticia de las pasiones muchos años preciosos, que se debieran emplear todos en el estudio de la verdad y en la práctica de la virtud. ¡Feliz, mil veces feliz, únicamente feliz el hombre que ha sabido completar la carrera de sus días, y que lleva á la tumba el delicioso consuelo de no haber amado en la tierra más que al único bien, que va á encontrar en la eternidad! ¡Qué dicha puede compararse á la de morir, sin haberse dejado devorar por el remordimiento, y entregar á su Criador una alma intacta, nunca ajada por el impuro soplo de los vicios?

Pero aunque esto es verdad, también es cierto que nada es tan grande ni tan digno de la divina misericordia, como la piadosa aceptación con que

recibe el llanto y los suspiros del arrepentimiento. Su bondad nada desea tanto como recobrar un corazón que se le perdió en los abismos de la incredulidad. Nada le complace tanto como verle volver con la fe á reconocer su Padre y su Pastor, para amarle y adorarle con el culto de la religión que se dignó enseñar. Nada le interesa tanto como recibir en sus brazos paternales al hijo ingrato, que desconociéndole largo tiempo, se entregó al furor de sus pasiones, cuando volviendo en sí siente su miseria, y busca arrepentido el seno de su Dios.

Porque, señor, si Dios es magnífico y grande, cuando fortalece al hombre contra su flaqueza natural; si es gloria de su gracia preservarle de la corrupción, apesar de los peligros que le cercan, no lo es ménos purificarle de la infeccion que ha contraído, sacarle de los abismos en que ha caído, y restituirle por su misericordia los derechos de que le habia privado su justicia. Este Dios de bondad, que tiene ángeles para que nos preserven de la caída, también los tiene para que nos saquen de la tierra de Egipto, de la casa de la esclavitud; y parece que en cierto modo esta obra de la restauracion es mas difícil, y que muestra mas la fuerza de su poder y la extension de su clemencia.

En efecto se observa, que el que recobra la virtud despues que la perdió, siente mayor dulzura que el que nunca la ha perdido; como si Dios le